

A un año del sismo, las incidencias y las ausencias.

Dentro de la región del Istmo conviven una diversidad de culturas, así como un número diverso de paisajes, desde el frío intenso en la Sierra Norte y Sur en la que florecen la cultura Mixe, Zapoteca y Chontal, hasta la húmeda Selva Chimalapa donde conviven la culturas Zoques y Chinanteca, hasta la cálida zona lagunar que comparten la cultura Ikoots y la Zapoteca, donde por temporalidades, las rachas de viento alcanzan hasta los doscientos kilómetros por hora. En esta pluridiversidad cultural, la lucha que ha tenido que librar la gente de las comunidades originarias por hacerse escuchar y que sea respetado su derecho a una vivienda adecuada a su cultura ha sido prácticamente invisibilizada. Casas de materiales naturales, representativas de las comunidades, de más de ochenta años de construcción fueron demolidas sin la revisión de un estructuralista que pudiera dar certeza a la familia. Hasta la fecha, las propuestas institucionales de reconstrucción no han hecho suficientes consideraciones basadas en las formas y modos de vida tradicionales.

En un primer momento posterior al sismo, las comunidades y los organismos externos, institucionales y civiles, en mayor o menor medida, se concentraron en dar respuesta a las situaciones inmediatas, atender a los heridos, la insuficiencia de los alimentos, espacios para albergar a las personas que se habían quedado sin vivienda. Era palpable la consternación y la angustia de la gente que se dolía por sus muertos y se dolía también porque no tenía un espacio para sus rituales de acuerdo a su costumbre, se aferraban con desesperanza a las pocas cosas que les habían quedado y a la ayuda que de a poco iba llegando. Convivían entre el temor a las réplicas y el temor a la rapiña. Por meses estuvieron expuestos a las inclemencias del tiempo, el sol, la lluvia, que el año pasado reportó máximos históricos.

Caminar por las calles de San Mateo del Mar es constatar la invasión de montones y montones de piedras, de roca pulverizada, piedra hirviendo vuelta mínimo grano de sal, cementante, escombros, alegoría del desastre. *“Las rocas se mueven, las inmensas piedras del mundo cambian de sitio, avanzan un milímetro por siglo”* dice Revueltas, pero últimamente ha sido forzada a caminar a nuestro ritmo, a adecuarse a nuestros espacios. No es la piedra, por supuesto, es el uso que le hemos dado. La respuesta no se ha dejado

esperar, la piedra ha vuelto a tomar su forma, al fin piedra, sobre la que hemos investido la “modernidad”.

A partir de la emergencia del 7s, sobre todo las comunidades originarias se vieron invadidas por miles de botellas de agua, que trataban de resolver en lo inmediato, la emergencia, sin pensar quizá, en las consecuencias a mediano y largo plazo. Esta problemática no sólo está relacionada con la salud, sino con las necesidades más básicas, sobre todo en San Mateo del Mar, una comunidad que desde hace años carece de agua entubada y que los últimos siete años sufrió de una sequía intensa que se reflejó en que el mar muerto se secase y que se pudiera caminar hasta dos kilómetros desde la playa,

Durante años, la gente ha resuelto sus necesidades a partir de los pozos de agua dulce de la comunidad, que para abril, el tiempo donde empieza el calor intenso, ya están secos, será hasta junio, donde vuelvan a llenarse, si las lluvias son constantes. Por ahora, que la emergencia ha pasado y el proceso de reconstrucción está dando pasos en lo cotidiano, se ha dejado ver poco a poco que las condiciones de vulnerabilidad que por años ha golpeado a la comunidad, siguen ahí y todavía más allá, que éstas se han agudizado a partir del sismo y de intervenciones gubernamentales que han venido a prometer, porque prometer no empobrece, que se han “tomado la fotografía” para luego olvidarse de que su trabajo consiste justo en sufragar parte de la vulnerabilidad de la gente que quedó en el desamparo.

Desde los sismos, han sido varias las instituciones gubernamentales y programas de gobierno que han llegado a la comunidad. Una de ellas fue la instalación de tinacos en lugares estratégicos, como el panteón ubicado en la tercera Sección, a donde la gente iba a llenar sus cubetas. CONAGUA traía pipas para abastecer, pero no buscó proponer una solución a largo plazo, y destinar el -de por sí breve- presupuesto para resolver la problemática de entubado que proveería de agua a toda la comunidad, la institucionalidad opta por una solución temporal.

En estos momentos, a un año, y en plena temporada de calor y de que se sequen los pozos de agua, todavía no hay la implementación de una propuesta que solucione esta problemática que vulnera uno de los principales derechos humanos: el derecho al agua. El 28 de julio de 2010, a través de la Resolución 64/292, la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoció explícitamente el derecho humano al agua y al saneamiento, reafirmando

que un agua potable limpia y el saneamiento son esenciales para la realización de todos los derechos humanos¹.

Otro ejemplo de lo lejos que están las políticas públicas de las necesidades de la comunidad, son los biodigestores que instalaron para beneficiar a las personas afectadas con folios de pérdida total. A casi un año de su instalación, siguen igual de nuevos que cuando los instalaron, mucha gente expresa que sólo los colocaron y que no les explicaron su uso, en algunos casos, el trabajo está incompleto, y en el peor de los casos, en lugar de poner a consideración de la familia el lugar adecuado para la instalación, decidieron ponerlos justo al lado de las calles, como si no hiciera falta la intimidad para un acto tan cotidiano. En lugar de utilizar la escisión que provocó el sismo, para elaborar una propuesta que ayude a resolver las problemáticas como el drenaje a partir de soluciones sustentables que involucren a la comunidad, imponen lo que piensan que “va a funcionar”. Misma situación con los baños públicos instalados dentro de la comunidad, cabinas de plástico que ya no hay quien use. El resultado que se ha observado, al no considerar dentro de la planeación y ejecución, a la gente que va a ser el beneficiario real, es que las personas no responden al modelo externo, resultado tangible de pretender implementar programas asistencialistas en lugar de buscar alternativas sustentables a problemáticas complejas como la salud y el agua.

Los procesos sociales y económicos dentro de la región del Istmo prácticamente se detuvieron a partir del sismo, concretamente dentro de la comunidad Ikoots de San Mateo del Mar, el temor de nuevas réplicas y de que el mar avanzara sobre la comunidad, sumado a los fenómenos que se suscitaron después, dieron para que la gente prácticamente se recluyera en sus viviendas, los más afortunados, y los menos, en los albergues que de a poco fueron organizándose, provocando una dependencia mayor a la ayuda externa de la sociedad civil que respondió de manera más eficaz, y a los programas institucionales que se articularon de manera *exprés* para responder a la emergencia, pero en cierto grado deficiente, lo que disparó nuevos conflictos intra e intercomunitarios sobre los que ya existían, debido a que la ayuda humanitaria se centró dentro de comunidades o puntos específicos generalmente centralizados, dejando fuera a poblaciones alejadas y de difícil acceso.

¹ http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/human_right_to_water.shtml

Para comprender los fenómenos a los que la gente se tuvo que sobreponer durante la emergencia, primero debemos tener claro que el riesgo de un desastre, no es una condición que se presenta de imprevisto por factores o agentes externos al proceso de desarrollo, sino como resultado de éste, como consecuencia de los procesos sociales, económicos y políticos que tienen lugar dentro de un territorio determinado, como explican los Lineamientos Generales para la Formulación de Planes a Nivel Local, del Proyecto Apoyo a la Prevención de desastres en la comunidad Andina (PREDECAN) “el desarrollo expresado como procesos territoriales (uso, ocupación y transformación del territorio) y procesos sectoriales (flujos de bienes y servicios, aprovechamiento de recursos y disposición de residuos) tiene una profunda relación con la generación y acumulación del riesgo y por lo tanto, con los desastres”. Por lo que, a un año de distancia, necesariamente tiene que plantearse la reconstrucción como un proceso de intervención de los actores locales con perspectiva en reducir el riesgo. Esto se sitúa en que las medidas preventivas se planteen, primero desde los actores, y que tengan prioridad sobre la atención de la emergencia, es decir, atender la emergencia reduce la gestión de riesgo al proceso institucional cuyo enfoque emergencista observa al riesgo como una casualidad, y no como una causalidad producto de la dinámica de la naturaleza, y no como un proceso resultado de un fenómeno de peligro que tiene qué ver más con la deficiente planeación urbana y ordenamiento territorial que le compete a los gobiernos municipales².

A la par, la dinámica capitalista en la que estamos inmersos desde cualquier eje, se desarrolla a partir de los modelos que tienen como propósito el enriquecimiento de algunos cuantos y como consecuencia el deterioro, tanto social como ambiental. Esta dinámica se ha observado y replicado desde antes de los sismos del pasado septiembre, y sus consecuencias han expondenciado problemáticas en cuanto a las políticas públicas enfocadas a las comunidades indígenas.

La primera etapa de la reconstrucción tendrá que centrar la mirada desde la gestación del proyecto, la relación con la comunidad, las Asambleas, el proceso de capacitación de los actores en técnicas constructivas, el proceso propio de reconstrucción, Una segunda etapa tendrá que observar la reconstrucción de los servicios públicos de la comunidad, para resolver, en la medida de lo posible, la problemática de la falta de agua y

² Toscana y Fernández, (2017). “El capital social ante el vacío gubernamental en procesos de desastre: Caso Valle de Chalco Solidaridad”. Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad, Vol. XXIV, No. 68

la vulnerabilidad que ésta conlleva. Posterior a la reconstrucción física de las viviendas, deberá preverse la etapa de la reconstrucción del hábitat, cómo habrá de rearticularse el tejido comunitario, y si las casas han cumplido con las expectativas de la comunidad y qué nuevos conflictos a resolverse se generan en este escenario.

El proceso de reconstrucción necesariamente tiene varias etapas que no sólo implican levantar una casa desde los cimientos como se ha planteado desde las instituciones gubernamentales, que han pasado soberanamente de largo a proponer una reconstrucción integral del hábitat que subsane las vulnerabilidades que en primera instancia han sido las que convergen en la configuración de una emergencia, y han centrado sus esfuerzos desde la individualidad en espacios donde el colectivo es, no sólo la manera de ser y de estar, sino de vivir y de ensoñar.

A un año del sismo, a un año de todos aquellos brazos que nos cobijaron en el marco de una puerta, en medio del patio a resguardo de la noche, de los abrazos que se dieron en un grito sostenido durante dos interminables minutos, a un año, duele la ausencia de quienes esa noche han cerrado sus ojos, pero duele más la ausencia por omisión de quienes han preferido mantener los ojos cerrados justo para no ver la realidad que vulnera a nuestros pueblos.

Astrid Paola Chavelas López
Red de Defensoras y Defensores Comunitarios de los Pueblos de Oaxaca.